

III Domingo de Pascua, Ciclo C

El amor de Pedro, testigo del Resucitado

Los testimonios de las diversas apariciones privadas y públicas del Resucitado a personas y grupos constituyen el mensaje principal de la Iglesia en este tiempo de Pascua. Además de su valor histórico acerca del encuentro del Resucitado con los discípulos y discípulas, es de destacar el significado de cada relato en la perspectiva de la fe. En el cuarto evangelio se encuentra el relato de la aparición de Jesús a siete discípulos a orillas del mar de Tiberíades (Jn 21,1-19), en cuyo contexto se presenta y desarrolla el protagonismo del apóstol Pedro entre los discípulos, mediante dos elementos que estructuran las dos partes de la narración, a saber, la pesca milagrosa y el diálogo de la triple manifestación del amor de Pedro al Señor.

El primero es similar al del encuentro fascinante de Pedro con Jesús en el relato lucano de la pesca milagrosa (Lc 5,1-11). En ambos se trata de una narración que, a través del prodigio de la gran redada de peces, revela a Jesús como Señor, con la soberanía propia del que ha resucitado y manifiesta su potencia divina, mostrando la autoridad de su palabra y la capacidad transformadora de su gracia. Jesús sale al encuentro de Pedro y los discípulos, que tras no haber pescado nada durante la noche, lo intentaban de nuevo. De forma sorprendente y misteriosa, sin que ellos se percataran ni lo pudieran reconocer a la primera, Jesús les manda echar otra vez la red en el mar. Acontece lo sorprendente. Una maravillosa redada de peces muestra el poderío de quien se ha hecho el encontradizo: Es el Señor. Y los discípulos lo reconocen. La comida de pan y pescado celebra el encuentro con el resucitado y manifiesta que el pan eucarístico compartido es el lugar de la permanente presencia del Señor en la historia de la Iglesia. En todo el relato Pedro es el pionero de la fe. La preeminencia del apóstol Pedro queda de relieve también en el diálogo conclusivo del Evangelio de Juan. A la reiterada pregunta de Jesús acerca del amor de Pedro, éste responde tres veces confesando su amor y mostrando cierta extrañeza, pero de este modo parece compensar las tres negaciones que hizo durante la pasión. De este amor, ratificado y comprobado, nace su misión extraordinaria de servicio en el pastoreo del rebaño de Dios. Pedro pasa a ser el primero en dar testimonio de Cristo crucificado y resucitado, de lo cual es signo su propia crucifixión ejecutada bajo el poder imperial romano.

También el texto de los Hechos de los Apóstoles narra cómo este apóstol es cabeza del testimonio firme y audaz de la predicación apostólica primitiva en medio de las persecuciones sufridas en la Iglesia naciente, testimonio ejemplar que sigue siendo emblemático para todos los creyentes a lo largo de la historia y proporciona el criterio que debe prevalecer en todo conflicto: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres". Y desde ahí se hace posible el anuncio permanente de la única verdad que la Iglesia proclama: Jesús, el crucificado por los hombres, ha sido resucitado por Dios, y es el salvador de todos (Hch 5,27-41). La misión de la Iglesia consiste en anunciar a Jesús, en proclamar su resurrección y en acreditar su presencia viva a través del testimonio de muchos creyentes. Pero no puede pasar desapercibido el componente de denuncia que conlleva el anuncio misionero, pues anunciar a Cristo crucificado es denunciar a los que lo crucificaron, y proclamar la

victoria del Justo e inocente que fue resucitado por Dios es proclamar que hay una verdad y una justicia, la de Dios, que no está sometida al dictamen de los que tienen el poder en este mundo y siguen asesinando víctimas y haciendo daño indiscriminadamente, como hicieron con Jesús.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura